

# EL ABISMO



**CUENTOS FANTÁSTICOS  
Y OTROS NO TANTO**

*A mi nieto Jaime con mucho cariño*

Cuando era una adolescente rebelde y espabilada, hace ya tanto años que no quiero ni recordar, mis padres solían hablarme del “gap generacional”, expresión pomposa de origen anglosajón que significa, como todo el mundo sabe: *separación entre generaciones*. Para ser sincera, entonces yo no era consciente de lo enorme que podía llegar a ser esa ‘separación’, han tenido que pasar casi cincuenta años para darme cuenta de su verdadera profundidad. De lo que debió ser la adolescencia de mi madre si la comparaba con la mía propia, y, sin embargo, ahora que ya tengo nietos que atraviesan esa complicada etapa de la vida, lo de ‘gap generacional’ entre mis padres y yo, me parece una broma.

He de reconocer que yo fui una privilegiada. No porque mi adolescencia no fuera complicada, que sin duda lo fue, sino porque mis padres fueron muy especiales. Supieron tender puentes alargando sus manos por encima de las profundas fosas que nos mantenían siempre tan alejados. Bajaban de su altura de padres, para hablar con la niña o guiarle en sus pasos a la joven muchacha. ¿Me quedan cicatrices de aquellas frustraciones? Quizás. Pero todas y cada una de ellas, son cicatrices bellas. Heridas dibujadas como hermosos recuerdos sin el menor rencor.

Más ¡ay!, ahora tengo nietos y esa separación entre ellos y yo, ya ni siquiera es una leve hondonada. Es una gran distancia con miles de maneras distintas de ver la vida toda. Es una inmensa sima. Un ‘abismo insondable’.

Pero no es únicamente la diferencia entre las generaciones lo que se ha convertido en algo pro-fundo e inalcanzable. El mundo en sí, ha cambiado. Nuestro universo es nuevo. Un mun-

do diferente, diría yo, y que cada día se renueva a una velocidad de vértigo. Un mundo tan cambiante que se ha convertido en algo muy difícil para abuelos, e incluso para nietos.

Pero regresaré al motivo de mi lamento de hoy...

Mi hijo menor y mi nieto mayor pasaron conmigo unos días en nuestro apartamento de la playa. Fue delicioso verlos disfrutar y jugar como niños con sus cuerpos de hombres rebozados de arena. Discutir por un juego o por una cerveza. Reírse a carcajadas por el chiste de turno que ambos habían recibido en su móvil “listillo” (como lo llamo yo). Pero, por otro lado, ¡qué tristeza tan grande!, apareció: “el abismo”. Su percepción de la vida diaria ya no era la mía. Todo el tiempo era suyo. Aunque era maravilloso contemplar ‘vida nueva’ y saber que una parte de ti forma parte de ella. Pero me es imposible estar cediendo siempre y seguir asfixiando mis

propios sentimientos. Desechar mis costumbres; relegarme a un rincón; ser mera espectadora mientras siguen su juego. Y todo ¿para qué?, para que ellos sean felices y para lograr que reinen en el hogar la paz y la armonía...

En este primer turno de seres que hemos vivido juntos, y a la vez separados por la profundidad del tiempo y el cambio de costumbres, fueron dos los abismos. Esa es la realidad. El primero que no era tan enorme, ‘entre padres e hijos’. Pero, por el contrario, el segundo era casi insondable ‘entre abuelos y nietos’.

El lamento de hoy, aunque triste como todo lamento, no será de los más dolorosos, seguro que el futuro me reserva sorpresas que me harán sufrir más. Pero aunque ello me produzca un desgarró insoportable no me siento con ánimo de eliminarle el nombre: “Abismo”, llamo al cuento. Separación inmensa, incomprensión, tristeza al fin. Aunque exista el cariño, pero,

¿qué fue de aquel pequeño que jugaba conmigo cuando apenas medía medio metro de altura? Se reía conmigo cuando casi no hablaba y miraba mis ojos como quien mira a un ángel. Escuchaba los cuentos que inventaba para él y me seguía a gatas por todos los rincones hasta que me alcanzaba y subía a mi espalda, y reía, reía sin parar.

Aquel bebé creció, pero por mucho tiempo permaneció a mi lado, su manita en la mía y sus ojos color miel clavados en los míos. Yo intentaba enseñarle las cosas de la vida, cosas simples, sencillas: los pájaros, las flores, el interminable ciclo de las cuatro estaciones con las hojas de los árboles bailando sobre ramas o muriendo en el suelo. La música, los juegos de los números, los infinitos guiños de las letras en mil combinaciones de palabras hermosas o... feas, según viniera al caso. ¡Válgame Dios!, ahora que recuerdo, era yo tan audaz que le enseñé a mover las piezas de ajedrez sobre el viejo ta-

blero. Yo, que solo sabía cambiar de posición torpemente esas piezas.

Debió ser algún día cualquiera frente a aquel ajedrez cuando, en un suspiro, me di cuenta de que el malvado ‘abismo’ había comenzado a ensancharse entre ambos. El niño había crecido tanto, que me había adelantado y me era muy difícil seguirlo en aquel juego. Las partidas, que al principio habían durado horas, pronto se convirtieron en rápidos “*Jaque mate*” al rey de su querida abuela.

Sus amelados ojos cambiaron de horizonte, se agrandaron, aumentaron su campo y encontraron millones de otros ojos más bellos que los míos. Sus pequeñas manitas se tornaron en fuertes manos de hombre, menos suaves quizás, pero algo más seguras, y tomaron otras manos para poder jugar...

Pero, ¿cuál es el lamento?, me pregunto a mí misma. ¡Ninguno!, me respondo en silencio.

Solo ha sido un error al nombrar este pequeño cuento: “*Abismo*”. Ni tampoco debería decir que es un *lamento*. Supongo que si su nombre hubiera sido “*Nostalgia*” sería más correcto.

Mi nieto ya creció y yo, por mucho que lo intente, jamás podré sentir sus nuevas sensaciones. Su mundo no es mi mundo. Solo puedo penetrar en él de vez en cuando, en breves incursiones y arropada por el escudo protector de mi burbuja: ‘*mi máquina del tiempo*’.

Y él ¿superará el abismo?

Espero de todo corazón que lo consiga. Aunque el camino que tendrá que recorrer será difícil, fascinante y hermoso. Tachonado de luces y de sombras. Sin ‘*máquina del tiempo*’. Solo podrá superarlo, utilizando sabiamente cada minuto, cada hora y cada día de su propia vida. Aprendiendo de libros como si fueran *Cuentos*. Y ahora que lo pienso, yo ya viajé al futuro

cuando aún era una niña y solo necesité dos cosas muy sencillas: un poco de imaginación y leer, entre otros, al autor favorito de mi lejana infancia: Julio Verne...

Playa deValencia, julio de 2014